

## DIA VEINTE Y SIETE.

## UNA CORONA DE FLORES,

O SEA:

## LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION (1).

*Accipite, et comedite: hoc est corpus meum.*  
Tomad y comed: este es mi cuerpo.  
(MAT. XXVI, 26.)

Tomad y comed: este es mi Cuerpo, que será sacrificado por vosotros. Angeles del Paraíso, vosotros, que asististeis, atónitos y reverentes, á la Cena misteriosa en el Cenáculo de Jerusalem; vosotros, que os llenasteis de asombro, al oír las palabras pronunciadas por el Redentor; vosotros, que, afanosos y solícitos, procurasteis sostener á los Apóstoles en sus deliquios; ¡ah! á vosotros os pido esta noche, vuestro corazón, vuestra lengua y vuestra fortaleza.

Así, pues, ¡oh cristianos! el Criador del cielo y de la tierra, el Monarca del universo, el Dios de la magestad, de la grandeza y de la gloria; el árbitro del mundo, el Rey de reyes, el Señor de los señores, la gloria de los cielos, la luz eterna, el sér indefectible, el increado, el eterno, el omnipotente, el infinito, la vida, la santidad, la justicia; el Redentor del mundo, el cordero de Dios; Aquel que quita los pecados de la tierra; Aquel sér tan glorioso, tan inmenso y tan perfecto, con un milagro el más estupendo de la divina omnipotencia, con un prodigio el más admirable de la sabiduría divina, con un esfuerzo el más sublime del amor de un Dios; se ha encerrado bajo las apariencias de un poco de pan, bajo el velo de unas especies misteriosas, y se ha encerrado allí, cuando los hombres atentaban contra su vida divina; y sólo se ha encerrado para permanecer entre

(1) Tratose en dicho día de las disposiciones para la comunión, con motivo de celebrarse en él la solemnidad del *Corpus Domini*.

los hombres mismos, como manjar, bebida, saciedad, consuelo, sustento, refrigerio, fortaleza y felicidad eterna? ¡Oh omnipotencia del Altísimo! oh sabiduría divina! oh amor de nuestro Padre, de nuestro Esposo, de nuestro amantísimo Dios! Así, pues, la delicia eterna viene á reposarse en nuestro corazón; el Dios mismo de las esferas viene á deleitarse en nuestras almas. ¡Oh! qué dicha, qué consuelo, qué refrigerio!

Y ¿qué morada le prepararemos nosotros, pues? qué acogida le dispensaremos? qué ornato le dispondremos en el interior de nuestro corazón? ¡Oh Madre nuestra santísima! verdadera flor de los Valles, cándida Azucena, mística Verónica, selecta Miosotis, amarguísimo Aloé, estupenda Maravilla, modesta Viudita, humilde Violeta, oloroso Estramonio, espiritual Espinalba, esplendorosísima Rosa; ¡ah! enseñadnos Vos, pues, de qué manera debemos disponernos para un acto tan santo; de qué modo debemos acoger en nuestro seno al Altísimo; cómo debemos estrechar contra nuestro corazón á nuestro Padre, á nuestro Esposo, á nuestro Hermano, á nuestro Amigo, á nuestro Sustento, á nuestro Bienhechor y á nuestro Todo!

Mis amados hermanos; en este instante, siento ya que la santísima Virgen ha hablado á mi corazón. Aquellas místicas flores, en las cuales la hemos simbolizado y manifestado, son, precisamente, las bellas disposiciones con que debemos acercarnos á la Mesa santísima; las que deben adornarnos en el banquete del Cordero, las que deben conducirnos á los desposorios amorosos con nuestro Esposo celestial. Consideremos esas disposiciones atentamente, hermanos, míos; y en cuanto nos lo permitan los estrechos límites de un solo discurso, meditemos con atención las principales, y aún diré las secundarias, pero, éstas, como de paso; aprendamos en los ejemplos que sabrá ofrecernos nuestra Madre santísima; aprendamos á recibir en nuestro seno el cuerpo inmaculado de su Hijo unigénito. De esta suerte, al acercarnos, en la conclusión de este devoto ejercicio, á la Mesa eucarística, podremos ofrecer á la Madre y al Hijo, como fruto de todo el presente mes, una mística Corona de flores deliciosísimas, cogidas por nosotros, sucesivamente, en el jardín mismo de María. A. M.

Al acercarnos á la Mesa eucarística para alimentarnos con el cuerpo inmaculado del Altísimo, una corona debe adornar nuestras sienes, y una corona debemos ofrecer, igualmente, á nuestro Dios. Esta corona, además de ser bella por la variedad de sus flores, preciosa por la amenidad de sus matices, y majestuosa por la sublimidad de su tejido, debe distinguirse, principalmente, por el candor de sus

Azucenas. ¿Fuera jamás posible, mi amados hermanos, que el Dios de la santidad, que Aquél que se llama el candor eterno, espejo sin mancha, quisiera albergarse dentro de un alma llena de inmundicias, de ignominias y de pecados? Y ¿fuera jamás posible, asimismo, que un corazón, que no hubiese sido purificado de la culpa, que un alma que no se hallara libre de delitos, pudieran gustar las dulzuras más sublimes de los cielos? Más claro todavía ¡oh cristianos! Aquel Dios, en cuya presencia aparecen inmundos los cielos mismos, y los más excelsos Querubines no se hallan exentos de mancha; ¿no desdenaría un corazón adherido á la carne, un espíritu que se nutriera de concupiscencia, y un cuerpo sumergido en el cieno de la más vil servidumbre?

¡Ah, cristianos! El quiere limpieza, inocencia, y pureza. Azucenas candidas y numerosas, hé ahí las flores que deben acompañarnos á la Mesa del Cordero; de Azucenas debe ir adornado nuestro espíritu, á fin de que esté libre de todo perverso fantasma, y no se halle dominado más que por pensamientos de religion, de santidad y de virtud. De Azucenas debe ir adornado, igualmente, nuestro corazón, á fin de estar libre de todo afecto carnal, y que no dirija sus llamas á otro objeto que á su Esposo celestial, á su Amado, á su Bienhechor, á su Amigo y á su Dios. Azucenas deben resplandecer, así mismo, en nuestro cuerpo, á fin de que aparezca cual templo el más santo; el más pulcro, el más adecuado para recibir la gloria de los Cielos, la luz de la bienaventurada Jerusalem, el sol de la Ciudad eterna: Azucenas deben brillar, por último, en lo más secreto del alma, para que, purgada de toda culpa y de toda mancha, sea digna de ser elevada á los desposorios del altísimo Dios.

¡Pues qué! ¿no fueron, acaso, esas Azucenas mismas, hermanos míos, las que á nuestra Madre santísima la acompañaron á la sagrada Mesa? ¡Ah! yo hubiera querido contemplarla á los piés del ara santa, en el momento en que iba á recibir en su pecho el cuerpo de su Hijo mismo! ¡Oh! cómo entonces sus pensamientos puros y santísimos iban todos á concentrarse en su Amado! ¡Oh! cómo su corazón, que era todo candor, identificábase con su Hijo! ¡Oh! cómo su cuerpo difundía suavísimo olor, hasta el punto de dejar atónitas á aquellas mismas personas que le acompañaban á la Mesa divina! Inocente Margarita, que no conoce imperfección, ni inmundicia alguna; ¡oh! en tal acto, su alma era nieve, pero nieve la más candida; era Azucena, pero Azucena la más pura, la más bella, la más inmaculada, la más santa! Y el alma de María no era Azucena únicamente, sino también Azucena que se enlazaba con una Verónica;

nica; Azucena y Verónica, que expresaban el candor y la fé del corazón.

Si bien es cierto, que siempre debemos aparecer fieles á los ojos del Altísimo, sin embargo, cuando nos aproximamos al sagrado Altar ¡oh! entonces debe acompañarnos la fé; pero, una fé la más viva, la más inquebrantable y la más fervorosa! Allí, á la vista de aquella Hostia sacrosanta, es donde nuestra alma debe exclamar: Si, ¡oh Señor! yo os creo presente en esta Hostia; yo os creo encerrado bajo estas especies; yo os creo oculto bajo estas apariencias; y si yo os viera en vuestros esplendores mismos, no estuviera ni un punto más cierto de vuestra real presencia. Os creo presente en esta Hostia, creo que sois aquel mismo que nació de la Virgen, que sufrió por mí una vida de penalidades, que murió por mí en el altar de la Cruz; que ahora reina glorioso en la inmensidad de los Cielos, que un día debe volver cual supremo Juez de vivos y muertos, de los pecadores y de los justos, de la tierra y de los Cielos. Yo os creo, aquí presente, y no de un modo cualquiera, sino con toda la plenitud de vuestro ser humano y divino, verdadero Dios y verdadero hombre, entero en la humanidad, y en la divinidad perfectísimo: creo que estais en la Hostia, al mismo tiempo que en el Cielo; que estais en ella humillado, al mismo tiempo que gloriosísimo; que estais aquí anonadado, á la vez que rodeado de esplendores eternos.

¿Pudiéraislo creer, por ventura, que no fuera tal la fé de María cuando recibía á su Jesús sacramentado? ¡Ah! bien me parece oírle exclamar entonces: ¡Oh, Hijo mio! oh Dios mio! aquella carne que tomaste en mi seno, es, sí, la misma que se halla igualmente encerrada en esta Hostia; aquella alma, que al ser concebido en mi seno recibiste del Padre, es, sí, la misma que se oculta en este pan; la divinidad hállase, igualmente, aquí velada, bajo estas apariencias. ¡Oh, Hijo! acepta el tributo de tu Madre, el tributo de la fé más sincera, el tributo de la creencia más firme! Estando Tú oculto á mis sentidos, no lo estás ciertamente á mi fé; y yo te reconozco que eres aquel mismo que, cuando Niño, estrechaba contra mi pecho; que alimentaba con mi propia leche, fajaba con mis amorosas manos, seguía con mis púdicas miradas; aquel mismo que yo conducía al Templo, aquel mismo que perdí en Jerusalem, y encontré sentado en medio de los doctores; aquel mismo, por último, que tenía por compañero en mi casa, á quien seguí en sus predicaciones, que contemplé angustiado en el huerto, con las carnes desgarradas en la columna, escarnecido en los tribunales, vilipendiado en los pretorios, arrastrado por las calles, clavado en la cruz, custodiado en el sepulcro.

resucitado de la muerte, glorioso en los Cielos. Si, en Ti creo, ¡oh Hijo mio! en Ti creo ¡oh Dios mio! en Ti creo ¡oh Esposo mio! en Ti creo ¡oh mi todo! Héme, aquí, pues, juntando á mi Azucena la misteriosa Verónica, á la pureza, mi fé. Y á las Azucenas y á las Verónicas, junto todavía la deliciosa Miosotis, símbolo y prenda de los deseos más vivos y ardientes.

Si, mis amados hermanos; una vez reconocida por medio de la fé, la presencia de nuestro Dios en la Hostia sacrosanta; ¿pudiéramos, acaso, dejar de invocarle con toda la efusion de nuestro espíritu? ¡Oh! ven, ven, pues, ¡oh Dios mio! Tales deben ser las expresiones de nuestro corazon. Ven ¡oh Esposo amante de nuestras almas! Ven ¡oh lenitivo de nuestras aflicciones! Ven ¡oh consolador de nuestros miserables corazones! ¡Ah! no tardes, que yo no pudiera sufrir por más tiempo tu ausencia. No tardes, que mi alma te suspira. No tardes, que yo muero viviendo separado de Ti. Héme aquí ¡oh Dios mio! á Ti me presento, á Ti me consagro, á Ti me dirijo. ¡Ah! no te alejes, pues, de mis miradas; no te sustraigas de mis investigaciones, no te ocultes á mi corazon. Ven, y si mis culpas y mis pecados fueran impedimento para tu venida ¡ah! ya los detesto, desde este punto mismo; los lloro amargamente con la amargura del Aloé; me pesa de haberles dado cabida en mi corazon! Y los detesto, por haberse inferido con ellos unas ofensas infinitas; los abomino, por ser ellos los enemigos de tu trono; juro no admitirlos más en mi morada, y resuelto estoy á llorarlos durante mi vida entera! ¡Ah, Dios mio! acepta mis lágrimas, admite mi arrepentimiento, acoge mis propósitos. Ven, ven, repitó ¡oh Dios mio! pues yo te busco, te quiero, suspiro por Ti, te invoco.

Y ¿cuáles y cuán afectuosas no debieron ser, pues, sus expresiones respecto de nuestra Madre santísima? Ella no tenía, ciertamente, que deplorar sus propias culpas; toda vez que habiendo salido pura de las manos de Dios, cual inocente Margarita, permaneció inmaculada durante su vida entera. Empero, por efecto de esa pureza misma ¿cuán vivas no serian sus aspiraciones hácia su Dios? Ella, que no le abandonó jamás en su mortal carrera, y le siguió hasta el monte de la mirra, ¿de qué modo no le invocaría, cuando le veía dispuesto á entrar en su pecho? ¡Ah! yo me figuró que Ella, en tal acto, debía dirigirse á toda la córte del Cielo, á fin de que hiciera violencia á su Dios á descender en su amoroso corazon; y paréceme, igualmente, verla en la Mesa celestial, como arrobada por sus propios anhelos, no profiriendo otras palabras que estas: *Veni, Domine, jam noli tardare.* Recuerda ahora, que ya habitaste en mi seno; recuerda, que mi vien-

tre no te fué desagradable; recuerda, que estuviste ya en mis entrañas; y si digna fui ya de hospedarte en mi interior ¡ah! no me refuses ahora tu visita; dispensa nuevamente á mi pecho, á mi espíritu y á mi amoroso corazon, aquellos mismos abrazos, aquellas mismas caricias, y aquellos mismos ósculos con los cuales me favoreciste siendo niño tierno! Tú eres grande, es verdad, eres glorioso, eres poderoso, eres infinito.... Y aquí ¡oh cristianos! aquella flor que se llama Maravilla, porque cierra su cáliz á los rayos del sol, y porque se oculta á la aparicion de la luz, viene á juntarse á la sorprendente Corona, compuesta ya de Azucenas y Verónicas entretrejidas; de Verónicas, enlazadas con Miosótis; de Miosótis, unidas con Aloés; y de Aloés, mezclados con Maravillas.

Y ¿cómo, en efecto, no ocultarse, no sentirse poseidos del más profundo respeto, en presencia de un Dios, que se llama Dios de la majestad y de la gloria, que es el Sér de los séres, Señor de todo lo criado, el Dios que impone leyes al universo entero, que hace inclinar la tierra con su peso, y oscurecer la luz con sus esplendores; que aniquila con su mirada, hierde con su voz, y destruye con su palabra? ¡Ah! María, en verdad, mis amados hermanos; bien que santa, y de una santidad la más sublime; bien que grande, y de la más soberana grandeza; bien que Madre del mismo Dios, despojábase, enteramente, de todas sus grandezas á su aspecto! Y ávida, sin embargo, de recibirle en su corazon: ¡ah! Dios mio, exclamaría, ¿quién puede soportar los esplendores de tu semblante? ¿quién puede resistir la gloria de tu mirada? ¿quién puede contemplar, impasible, la inaudita majestad de tu frente? Y aquí, Ella se nos aparece en su exterior cual amantísima Viudita, que teme, aún con la pompa de sus vestiduras exteriores, ofender la majestad de su Dios; que teme, aún con una simple mirada, con una expresion poco meditada, con un ademán inocente, inferir una injuria á su Esposo celestial: héla aquí, igualmente, manifestando en su interior la riqueza de sus preciosas Violetas; exclamando ¡ah, Señor! yo no soy digna, ciertamente, de recibirte; yo no merezco tu visita; yo no soy acreedora á que Tú entres en mi corazon! Y ¿qué soy yo, pues, delante de Ti? ¿qué soy yo, al lado de tu Sér? ¿qué soy yo, en comparación de tu Nombre santísimo? Soy una nonada, soy la sierva, soy la esclava, soy la obra de tus manos santísimas: mas, esa obra es tal, que se halla más distante de Ti, que la luz de las densísimas tinieblas, que el mediodía de la noche oscurísima, que el sol de las densísimas y opacas nubes. Y á tal reflexion, añadía á su Corona el oloroso Estramonio, al decir en su ruego: ¡ah, Señor! Tú me miras con ojos be-

nignos y poderosos, y compadeciéndote con tu mirada de mi insuficiencia, vienes con la misma en socorro de mi debilidad. Tú no me abandonas ¡oh Señor! puesto que soy tu Madre; y mostrándote conmigo tan amoroso, hasta el punto de entrar en mi corazón ¡ah! Tú mismo te preparas en él la habitación! Tú adornas de virtudes mi espíritu! Tú cubres mis hombros de un precioso manto! Tú ciñes una diadema á mi frente! Tú subvienes á la pobreza de mi corazón!

Y si nuestra Madre santísima ruega de esa suerte; ¿no rogáramos, pues, nosotros, igualmente, á nuestro altísimo Dios? ¡Ah! hoy los cristianos, sin tener en consideración alguna la majestad del Altísimo, sin atender absolutamente á la miseria de su propio ser, no temen acercarse á aquella divina Mesa con vestidos inmodestos, libres en sus maneras, y orgullosos en su corazón, sin implorar de ningún modo el favor de su Padre celestial, la gracia de su amantísimo Dios. ¡Ah! cristianos, ¿qué esperáis, pues, de aquella Mesa santísima, si allí no os acompañan la modestia, la humildad y la oración? Humillaos, pues, y anonadaos en vuestro interior, y vuestro Padre, entonces, según sus promesas, os mirará con ojos de benignidad; confesad vuestra indignidad, y entonces os abrazará amoroso vuestro Esposo; rogad é implorad con lágrimas las más sinceras el perdón de vuestras culpas, el auxilio de vuestra flaqueza, y entonces descenderá con abundancia sobre vosotros el rocío del cielo; y vendrá el Esposo, y con las manos llenas de sus divinas mercedes, las conservará todas dentro de vuestro pecho amoroso. Y así vosotros, cual espirituales Espinalbas, estando ya enriquecidos de Azucenas, Verónicas, Miosotis, Aloés, Maravillas, Viuditas, y Estramonios, esperareis en el Señor; podreis prometeros toda clase de auxilios; estareis seguros de alcanzar todas las bendiciones del Cielo.

Pues, ¿qué! ¿acaso atormenta vuestros ánimos alguna violenta tentación? Acudid á la Mesa del Cordero, y allí, suplicando con confianza, la vereis desvanecerse en aquel mismo instante. ¿Por ventura os aflige alguna de las debilidades inherentes á vuestra naturaleza? Pues bien; si pidiereis la fortaleza con confianza ante el Altar de la santificación, esa fortaleza, sin duda alguna, la obtendréis en aquel mismo momento. ¿Sentís, por último, la necesidad de mayores gracias? Implorándolas con confianza del Esposo, en el banquete, las recibiréis en aquel punto mismo.

¿No era acaso la espiritual Espinalba, es decir, la más firme confianza, la que acompañaba á María á la Mesa celestial, al banquete de los Ángeles, á las bodas de su Esposo divino? ¡Ah! el corazón de María, sintiéndose fuerte por su confianza misma, y permaneciendo

constante en sus súplicas, no acababa su oración sin ver satisfechas sus fervorosas peticiones. Y entonces, penetrado ya su corazón de la gratitud, vencida por la dignación de su Dios, que iba á reposar en lo interior de su pecho ¡oh! su rostro llenábase de esplendores; sus ojos despedían un raudal de luz; derramaba sus rayos por todas partes como el sol; y, levantada de la tierra, arrebatada con el espíritu á lo más alto de los Cielos: ¡ah! yo os amo, exclamaba, yo os amo, Dios mio! Y ¿quién pudiera dejar de amaros? ¿quién pudiera dejar de abrasarse en vuestras llamas amorosas? ¿quién pudiera dejar de consumirse en el incendio de vuestro corazón? Mas ¡ay! yo no me contento aún con ese amor. ¡Harto amortiguadas parecenme mis Rosas! harto lánguidas mis débiles llamas! ¡Ah, Señor! alimenta mi incendio, acrecienta mi amor. ¡Dios mio! el amor es el que te encerró en estas especies! El amor es el que te hace permanecer acá en la tierra! El amor es el que te mueve á visitarme! ¡Y yo...! ¡Oh! Angeles... Mas ¡ay! ¿á quién invocais, oh Madre, si los Angeles mismos, si los mismos Serafines aprenden de Vos á amar á su Dios? ¡Ah! callad ya; conviértanse vuestras palabras en amargas reprensiones respecto de nuestros frios corazones.

¡Oh! cuán grande no es nuestra miseria, al acercarnos tan tibios, tan insensibles á la Mesa divina! Y ¿qué más podemos desear para amar á nuestro Dios, para abrasarnos en las llamas de su amor? Y ¿cómo á tantas finezas no se derrite nuestro corazón? ¿Cómo á unos afectos tan tiernos, no despierta nuestro aletargado espíritu? ¡Ah! cese, pues, ya nuestra apatía, mis amados hermanos; ¡harto claro nos ha hablado en este día nuestra Madre santísima! Pureza, fé, deseo, llanto, temor, modestia, humildad, confianza, amor; pero, un amor el más sincero y ardiente, hé ahí lo que debe acompañarnos á la Mesa de nuestro Padre celestial. Hé ahí la bella Corona que nosotros, de esa suerte, tejemos de candidas Azucenas, de místicas Verónicas, de selectas Miosotis, de amarguísimos Aloés, de graciosas Maravillas, de modestas Viuditas, de gentiles Violetas, de olorosos Estramonios, de espirituales Espinalbas y de fresquísimas Rosas. Y ¡ah! coronadas nuestras sienas de tan preciosa diadema, nos acercaremos á la Mesa celestial acompañados de nuestra Madre santísima; estaremos defendidos por los espíritus más gloriosos, seremos abrazados por nuestro Padre celestial; y después de haber recibido á nuestro Dios sacramentado, tendremos la prenda, el memorial de la gloria, la señal de la felicidad eterna!

Mas ¡ay! qué reflexión tan triste viene á embargar mi ánimo en este instante! ¿Cómo sucede, pues, me pregunto, que tantos de los

cristianos modernos hallen en la Mesa del Cordero, el juicio, el decreto, la sentencia de la condenación irreparable? ¡Ah! séres débiles é imbéciles, almas obcecadas, que dormís en el sueño de la muerte; ¿cómo, pues, no despertais de vuestro letargo? cómo no resucitais á aquella vida, cuyo autor es vuestro Bien sacramentado? ¡Ah! vosotros comeis en el banquete vuestra propia condenación, porque os acercais á él, sin haberos ántes juzgado y castigado á vosotros mismos. No cuidando, ciertamente, de purificar ántes vuestra alma, vuestra conciencia y vuestro cuerpo, os acercais manchados á la sagrada Mesa, como si no debierais gustar en ella más que pan ázimo, más que simple pan. Viviendo frios ó tibios en la fé en aquel Dios, que se oculta bajo el velo de las especies de pan, no procurais excitar en vuestro corazón aquel sagrado y saludable temor, que induce al odio del mal hasta la detestación de la culpa, á la santidad de la vida.

Pues bien ¡oh cristianos! la causa de ese modo de vestir inmodesto, con que hoy las cristianas se acercan á la Mesa divina, yo la atribuyo á esos modales desenvueltos, á esa licencia de trato, á esa mirada irreverente, á ese aire de orgullo, que demuestran á porfía, el espíritu interior con que hoy se acercan los fieles á recibir los sacrosantos misterios. Y Dios, ofendido por tanta indignidad, no siendo aplacado por las súplicas, que tales almas le dirigen, ni movido por una confianza que no ve en aquellos corazones miserables, ni violentado por el amor, del cual carecen aquellos helados pechos, Dios, pues, al ser gustado, reprueba; al ser comido, condena; y al ser una vez recibido, maldice. ¡Oh! mis amados hermanos; no suceda así con vuestras almas! no suceda así con vuestros fervorosos corazones! Acercaos á la Mesa divina, gustad la carne de vuestro Esposo celestial, lo más á menudo que os sea concedido; mas ántes no olvidéis, sin embargo, de examinar vuestra propia conciencia, á fin de que siendo juzgados por vosotros mismos, no debais ser condenados por Dios.

Y Vos ¡oh Virgen amorosísima! Vos, que al acercaros á la Mesa de vuestro Hijo santísimo, dejabais estáticos á los Ángeles mismos con vuestro simple aspecto; ¡ah! enseñadnos la manera de disponernos para aquel acto, el más santo de nuestra vida! ¡Ah! haced, que ántes de comulgar, procuremos purificarnos de toda culpa y de toda mancha, de suerte, que podamos aparecer cual cándida Azucena, dignos de las miradas de nuestro Esposo celestial. Haced, que á los piés del altar santo se avive nuestra fé en aquel Dios, que, humillado en las especies, no cesa de ser el Dios de la majestad, de la grandeza y de

la gloria. Y animados con este pensamiento, haced ¡oh María! que nos mostremos cual modestas Viuditas, cual humildes Violetas; Viuditas en el aspecto, la conducta y el vestido; Violetas en el alma, el entendimiento y el corazón. Y una vez penetrados del pensamiento de nuestra insuficiencia, alcanzadnos la gracia, de que derramemos un raudal de amarguissimas lágrimas, que sirvan para borrar todas las manchas del alma; concedednos el favor de elevar numerosas y fervientes súplicas á aquel Dios, que no desprecia el corazón de sus siervos, si está humillado y contrito; y así en nuestro llanto, como en nuestra oración, infundid en nuestro ánimo la más firme confianza de alcanzarlo todo de nuestro Esposo amantísimo. Y cuando, prosternados ante el ara del Cordero, estemos próximos ya á recibirlo en nuestro corazón ¡oh! entónces, encended Vos misma en nuestros pechos una llama de amor, que nos conduzca, solícitos, á nuestro amorosísimo Dios, y nos una estrecha é inseparablemente con Él. ¡Dichosos nosotros, si de tanta merced nos hiciérais dignos, oh María! Y nosotros así lo esperamos, porque os lo pedimos á Vos, que sois Madre de misericordia; y os lo pedimos en nombre de aquel amor mismo con que Vos, un día, os acercasteis á la Mesa divina. ¡Oh Madre! si indignos, hasta ahora, nos hemos alimentado con la carne inmaculada de vuestro amado Unigénito, haced, que empecemos hoy á gustarla de una manera, que nos haga dignos de tomar parte en el eterno banquete de los Cielos.